

ocasiona el pecado y los provechos grandiosos de la gracia santificante, concretándose al texto literal de la Epístola de este día. Mucho os ruego, por amor de Jesucristo y por vuestra salvación eterna, que procuréis convertirlos á Dios de todo vuestro corazón y morir al pecado y vivir á la gracia y perseverar en ella, con aumentos de santidad y perfección, pues el que así lo hiciere tendrá por recompensa eterna el ciento por uno en el cielo. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo VIII después de Pentecostés.

La muerte y la vida del alma.

AMADOS hermanos míos: ¡Cuán grande era el amor de que se hallaba poseído el corazón de San Pablo, anhelando morir por sus hermanos á fin de ganarlos á todos para Jesucristo! Su único afán era hacerlos morir al pecado y que vivieran sólo para Dios. Al efecto, les había mostrado con frases enérgicas la necesidad indispensable de abominar toda culpa y de ejercitar las virtudes progresando siempre en ellas, ya crucificando al hombre viejo vistiéndose del nuevo, ya considerando la transformación maravillosa del alma en el santo Bautismo, ya poniéndoles de relieve los efectos terribles del pecado y los provechos grandiosos de la gracia...; y como si esto no fuera bastante á su propósito, añade en la Epístola de hoy otro poderoso motivo para inculcarles con más vehemencia la misma necesidad, y les habla de esta manera:

«*Hermanos, no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella, pues si viviereis según la carne, moriréis. Empero, si con el espíritu hiciereis morir los hechos de dicha carne, viviréis; porque los que obran movidos por el espíritu de Dios, hijos son de Dios.*» (Rom., VIII, 12 á 14.)

Pues bien; esto que dijo el Apóstol á los fieles de Roma, es lo mismo que intento yo explicaros hoy siguiendo el espíritu y la

letra de dicha Epístola, y para concretar bien mi pensamiento, os mostraré dos cosas:

- 1.^a Que es preciso morir á los hechos de la carne.
- 2.^a Qué es preciso vivir según el espíritu.

PUNTO 1.^o

LA MUERTE DE LA CARNE

Ante todo conviene saber que por la palabra *carne*, significa aquí el Apóstol *al hombre puramente animal*, degradado por la culpa de origen, que tiende siempre á lo terreno; y por la palabra *espíritu*, se refiere *al alma racional*, no sólo en cuanto es un espíritu que anima al cuerpo, sino en cuanto ella misma es *vivificada y regida por la ley del espíritu vivificante*, ó sea por la gracia de Dios, que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien; sentado este fundamento se dice: Que el hombre exista en *carne* y que experimente en sí mismo los deseos propios de la parte animal corrompida en su naturaleza no es pecado, por que no pende de su voluntad, y á esto llaman los teólogos *la parte inferior del hombre*, que se rige (según San Pablo) por la *ley del pecado*; ó sea por la concupiscencia desordenada; mas servir voluntariamente á la carne, ó lo que es lo mismo, andar según ella, en lo que tiene desordenado, esto es pecaminoso; porque la razón y el espíritu, que son *la parte superior del hombre*, no han de estar sometidos á las concupiscencias terrenas del mismo hombre puramente animal. El hombre razonable ha de obrar según la razón, y el hombre cristiano según la ley de Cristo que perfecciona, eleva y dignifica á la misma razón, y al hombre entero.

Este es el orden querido por Dios, y con él á la vista, ya podemos comprender bien la Epístola de este día. Dice así el Apóstol: «*Hermanos, no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella.*» (Verso 12.) Es decir; el espíritu es el que debe dominar en nosotros, no la carne; porque no debemos á la carne el ser cristianos, sino al espíritu. Nuestra alma vive ahora la vida de la gracia, para vivir después eternamente la vida de la gloria, que es la consumación de la gracia; y también para que nuestros cuerpos, resucitando de entre los muertos, sean, llegado su tiempo, inmortales. De donde se infiere que nosotros, siendo cristianos, hemos de vivir

por necesidad, según el espíritu de Cristo, según el espíritu de Dios, no según la carne. (*Non secundum carnem vivamus.*)

Esto es cabalmente lo que no quieren entender muchos cristianos de nuestros días; pues se empeñan en vivir según la carne, condescendiendo gustosos con las concupiscencias terrenas y complaciéndose en ellas, como si no tuvieran alma, ó como si no hubiera ley de Dios, ni ley de Cristo; y después de saborear aquí la copa de los deleites terrenos se forjan la ilusión de pasar luego á las delicias eternas del cielo. En una palabra, pretenden un imposible, y por eso San Pablo les desengaña á continuación, diciendo: «*Porque si viviereis según la carne moriréis.*» (Verso 13.) (*Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini.*) Esto es; moriréis con la muerte del pecado, en lo presente; y con la muerte de condenación eterna, en lo futuro. ¡Terrible desdicha, capaz de hacer morir de espanto á todo el que tenga fe, y no haya perdido el juicio! «*El hombre animal—dijo el Apóstol—no comprende aquellas cosas que son del Espíritu de Dios. Es un necio y no las puede entender.*» (1).» *

(1) Animalis homo non percipit ea, quae sunt Spiritus Dei; stultitia enim est illi, et non potes intelligere. (I Corint., II, 14.)

* Por esto, amados míos, no es maravilla lo que estamos presenciando; pues siendo la herejía moderna opuesta al orden sobrenatural, no puede menos de odiar la vida del espíritu, la vida de la gracia que está en región más elevada que la naturaleza, no puede menos de odiar la moral evangélica, poniendo en su lugar una moral puramente humana; y por eso cuando los impíos dijeron: «*La ciencia de la moral debe ser independiente de toda autoridad divina y eclesiástica*», fué condenada por la Iglesia esta proposición en la 57 del *Syllabus*.

Es verdad que no todos los herejes de hoy lo entienden de igual manera, pero todos blasfeman y todos merecen que abominemos sus enseñanzas.

Dicen unos: Queremos una moral independiente; esto es, queremos un conjunto de preceptos morales dictados por la sola razón. Lo cual es como si dijeran: Queremos una moral secularizada, una moral sin Cristo, una moral filosófica, una moral universal que convenga á todos los hombres, sean quienes fueren. Lo que equivale á decir: Queremos divinizar la razón y aniquilar á Dios y á su Verbo.

Otros entienden por moral independiente aquella que no saca sus preceptos de la revelación divina, sino que prescindiendo absolutamente de un Dios cualquiera, se ajusta á la naturaleza del hombre, siendo el mismo hombre el único árbitro del bien y del mal; ó lo que es lo mismo, que la razón humana es la única que puede darse la ley á sí propia. Error funestísimo, que fué también condenado por la Iglesia en las proposiciones 3 y 56 del *Syllabus*.

Otros, en fin, llaman moral independiente á la que admite la emancipación de las pasiones, y la soberanía absoluta de las inclinaciones del hombre. «*La naturaleza—dicen—es por sí misma su propia ley*»; luego, haga el hombre lo

Ved aquí por qué es de necesidad absoluta entender bien la Epístola de este día y morir á los hechos de la carne, ó sea á las concupiscencias terrenas desordenadas. Y notad bien que digo desordenadas: porque la concupiscencia, ó sea el apetito ó inclinación natural á los bienes de esta vida, no es en sí mismo pecado, ni dicho apetito é inclinación entrañan malicia alguna á no ser que sean contrarios á la razón ó á la ley de Dios. Si una persona apetece las cosas necesarias ó convenientes á su naturaleza cuales son el alimento, la bebida y algunas recreaciones moderadas de los sentidos, ¿dónde está la culpa? El desorden en la concupiscencia, nacida del pecado original y propagado por él no es en sí mismo pecado, sino pena del pecado. Es, digámoslo así, un enemigo casero, que con dulces atractivos continuamente nos acomete, y nos obliga á estar siempre vigilantes y arma al brazo, y aun en continua lucha con sus acometidas; pero nunca será pecado, á no ser que nuestra voluntad, en el uso libérrimo de sus actos, condescienda con él en sus exigencias desordenadas. En una palabra; sentir los movimientos ilícitos de la concupiscencia no es pecado; pero complacerse en ellos y saborearlos libre y voluntariamente lo es, y más ó menos según la materia. Sentir es propio de la naturaleza, consentir es potestativo de la voluntad. ¿Cómo ha de haber culpa donde la voluntad no medie? Esto es, digámoslo así, el *a b c* de la vida espiritual.

La concupiscencia, pues, en sus desórdenes viene á ser á manera de una embajadora que Satanás envía á la voluntad, para instarla á que preste su consentimiento al pecado; si la voluntad no abre la puerta á la tal embajadora, ésta no tiene fuerza para entrar; pero si dicha voluntad, abusando de su libre albedrío, abre y la abraza, este es el pecado porque la estrecha cariñosamente y la da ósculo de amor. Y esto es precisamente lo que San Pablo trata de evitar cuando en la Epístola de este día dice á los Romanos: «*No somos deudores á la carne para que vivamos según ella; pues si viviereis según la carne, moriréis.*»

Importa mucho al cristiano no olvidar esta muerte ignominiosa,

que quiera, siempre obra bien. «*Coronémonos de rosas, gocemos de los bienes; el placer es nuestro patrimonio y nuestro destino.*» (Sap., II, 8, 9.)

En una palabra; la moral de los tiempos modernos, que con más ó menos esbozo se trata de impregnar en el corazón de los hombres, especialmente de la juventud, es la moral sin Dios, la moral de los ateístas, la moral de Epicuro, que equivale á la ausencia de toda moral. Abran los ojos los que no quieran ser víctimas de esta moral sin Dios.

y para que ninguno de vosotros pequéis por ignorancia, os diré que hay tres especies de desórdenes en la concupiscencia, á saber: en el apetito de los *placeres*, en el apetito de las *riquezas* y en el apetito de los *honores*, como consta del Apóstol San Juan, cuando dijo: «No tengáis amor al mundo, ni á las cosas que pertenecen á él. Si alguno ama al mundo (es decir, á sus vanidades), no tiene en sí el amor del Padre (celestial); porque todo lo que hay en el mundo (vano), es *concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y orgullo de la vida* (1).»

La *concupiscencia de la carne* es el amor desordenado á los placeres de los sentidos, y esta es la gran puerta del infierno; porque es un veneno dulce que, so pretexto de necesidad corporal, seduce, arrastra y esclaviza, hasta el punto que el hombre queda, según expresión del Apóstol, como *vendido al pecado* (*venundatus sub peccato*), y si tiene fe y amor de Dios, no puede menos de exclamar con el mismo Apóstol: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? (2).» Es decir: ¿quién me librará de las exigencias desordenadas de este cuerpo mortal y carnal? «El hombre—dijo San Agustín—que por la inmortalidad y por la perfecta sumisión del cuerpo al espíritu en que fué creado debía ser espiritual hasta en la carne, se ha vuelto carnal hasta en el espíritu (3).»

Y como si esta concupiscencia no fuera ya un copioso manantial de desdichas, se levanta en nosotros un segundo germen de corrupción, una segunda concupiscencia avasalladora, á la cual llama *concupiscencia de los ojos*, y que, según razona Bossuet, consiste principalmente en dos cosas: primera, en el deseo de ver, de experimentar, de conocer, en una palabra, en *la curiosidad*; segunda, en el placer de la vista cuando se deleita en mirar objetos de cierto brillo capaces de ilusionar y seducir. Y como todo esto se relaciona con la ostentación y fausto de la vida social, engéndrase de aquí *la avaricia, la vanidad, el lujo, los gastos desmedidos* y otros innumerables vicios, que precipitan á las familias y á las sociedades en la corrupción, en la miseria y en multitud de crímenes espantables. ¡Ay mundo, mundo! ¡Cuán errado caminas y cuán perversas y abominables son tus costumbres voluptuosas!

Por último, *la soberbia de la vida*, que es la tercera concupis-

(1) Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ. (I Joann., II, 15-16.)

(2) Infelix ego homo! Quis me liberabit de corpore mortis hujus? (Rom., VII, 24.)

(3) Qui futurus erat etiam carne spiritalis, factus est mente carnalis. (S. Agust., Confess.)

cencia, pone el colmo de la depravación en los hombres. Quieren sobresalir de entre sus semejantes, quieren dominar en ellos, quieren ser honorificados por todos, y á tal extremo llega su insensato desvario, que se consideran superiores á sus iguales, iguales á sus superiores, buscando en todo la independencia, y en vez de llevar el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismos, llevan el amor de sí mismos hasta el desprecio de Dios.

¡Pobres hijos de Adán, si no ponen freno á su triple concupiscencia! He aquí por qué la Iglesia nuestra Madre, anhelando siempre el bien de sus hijos, toma hoy en sus labios las palabras del Apóstol y nos dice en la Epístola de este día: «*Hermanos, no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella; pues si viviereis según la carne, moriréis.*» (*Si secundum carnem vixeritis, moriemini.*)

Mas, ¿basta, por ventura, morir á todo lo desordenado, caduco y terreno para ser santos y felices? No, en verdad; porque es preciso además *vivir según el espíritu*, como añade dicha Epístola. ¿Qué significa esto? Oid un momento mis palabras: seré breve.

PUNTO 2.º

LA VIDA DEL ESPÍRITU

Es innegable que siendo el hombre uno, hay en él como dos vidas, ó sea dos maneras de vivir. Quien vive dejándose llevar de los impulsos naturales de las pasiones y afecciones buscando los deleites terrenos, como fin de sus actos, vive según la carne, y su vida es muerte; pero quien viva mortificando los apetitos desordenados de la naturaleza con la energía de su espíritu, porque eso es lo razonable y porque así lo quiere Dios, vive ahora la vida de la gracia y después, si persevera, vivirá la vida de la gloria. Esto es, en sencillo comentario, lo que significa el Apóstol, cuando dice: «*Si viviereis según la carne, moriréis; mas si viviereis mortificando los hechos de la carne con el espíritu, viviréis.*» (*Si spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.*—Verso 13.)

El grande Agustino, exponiendo estas palabras del Apóstol, dice con la agudeza de su ingenio: «Los Epicúreos colocaron su felicidad en los deleites de los sentidos; los Estoicos en la fortaleza de su alma»; porque decía Epicuro: «*Mi dicha es el placer*»; decía el Estoico: «*Mi dicha es la perfección de la mente*»; pero San Pablo dijo: «*Mi dicha es unirme íntimamente á mi Dios.*» (*Mihi autem adhaerere Deo bonum est.*)—¿Quién de los tres lleva razón? ¡Oh! Yerra Epi-

curo; se engaña el Estoico; porque el alma vive rectamente cuando obra, no según la carne, no según ella misma, sino según Dios; pues así como el alma es la vida del cuerpo, así Dios es la vida del alma. (S. Agust., Serm. 13.)

Verdaderamente, amados míos, así es; y el grande Apóstol da tanta importancia á esta doctrina, que á continuación, en la misma Epístola de hoy, prueba con seis argumentos, que los cristianos debemos vivir, no según la carne, sino según el espíritu.

El primero es (verso 13), las palabras dichas: afirmando en ellas, que quien viva según la carne, morirá, temporal y eternamente; y quien viva según el espíritu, vivirá con vida de gracia y de gloria perdurable.

El segundo es (verso 14), porque los que vivan según el espíritu, serán llamados y en realidad serán hijos de Dios.

El tercero es (verso 15), porque para eso recibieron el espíritu de adopción, para que vivan según el espíritu.

El cuarto es (verso 17), porque viviendo así recibirán en herencia el reino de Dios.

El quinto es (verso 18), porque no ofrecen comparación los trabajos de esta vida por ser virtuosos con la gloria venidera, que el Señor nos tiene reservada.

El sexto es (verso 20), porque de otra suerte, sirviendo á la carne, servirán á la vanidad y á la corrupción (1).

Tales son, en resumen, las razones del Apóstol, para persuadir á los hombres, que es preciso mortificar las pasiones y vivir la vida del espíritu, fijándose principalmente en que, si así lo hacemos, seremos en verdad hijos de Dios y herederos de su gloria. (*Quicumque Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei.*)

Consideremos bien, amados míos, estas palabras divinas. No dice el sagrado texto que serán hijos de Dios los que *reciban* el Espíritu del mismo Dios, sino los que *sean movidos, guiados ó regidos* por dicho Espíritu; para mostrarnos que no basta á los cristianos haber recibido el Espíritu Santo en el Bautismo, porque, además, para conservar la filiación divina, se requiere que en nuestra vida espiritual seamos regidos por el Espíritu Santo, y cooperemos á sus gracias obrando según ellas como hijos de Dios.

Ciertamente, cuando el Espíritu Santo habita en lo interior de un corazón, siempre le paga bien la posada comunicándole sus carismas inefables, pero también es preciso que la voluntad sea mo-

(1) Así Cornelio a Lápide, Coment.

vida á obrar lo bueno correspondiendo á la gracia, ó sea á las dulces mociones del Espíritu Santo, *mortificando las obras de la carne*, y ejercitando las virtudes del espíritu. Estos son los verdaderos hijos de Dios y los herederos de la patria celestial juntamente con Cristo. (*Si filii, et haeredes, cohaeredes autem Christi.*—Verso 17.)

Nótese, además, que ser *movido, regido ó gobernado* por el Espíritu de Dios no entraña coacción, ni necesidad de obrar en el hombre, sino únicamente *movión*, ó sea una pasiva inclinación de nuestra voluntad, que en manera alguna excluye la libertad de nuestros actos, pudiendo, á nuestro arbitrio, corresponder, ó no corresponder á las gracias divinas; y por eso el Apóstol nos estimula á que correspondamos á ellas, diciéndonos que *«todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos suyos»*. (*II sunt filii Dei.*)

Correspondamos, pues, amados míos, dejémonos gobernar y regir por el Espíritu del Señor, pues sus amorosos designios sobre nosotros son que mortifiquemos y que aniquilemos en lo posible, no sólo los apetitos desordenados del cuerpo, sino también las concupiscencias revoltosas del alma, cuales son la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la propia voluntad... En una palabra, es preciso que *con la mortificación hagamos morir los hechos de la carne, y que vivamos enteramente según el espíritu*; esto es, que vivamos enteramente obedientes al espíritu de Dios, que se refleja en nosotros por la acción misteriosa, suave y dulce de la gracia del Señor y de su ley sacrosanta; pues esta es la vida cristiana, la vida de los hijos de Dios, vida cierta y segura para obtener la vida eterna del alma y del cuerpo, cuya prenda y señal es el Espíritu Santo, que por los méritos de Cristo habita en nosotros, para guiarnos ahora en la tierra y conducirnos después á las eternas mansiones del cielo. Amén.